

AMABLE

Y

Sutil

SERIE GBS SECURITY

CLARA H. VIAL

Título original: AMABLE Y SUTIL

Serie GBS Security, volumen tres

1.ª Edición: septiembre 2024

ASIN: B0DCGH CY2R

© Clara H. Vial

www.clarahvial-autora.com

Servicios editoriales

“Letras del Alma”

Diseño de portada: María José Martínez Ruano

ID foto: 25950087

Corrección: Noelia Jiménez Moyano



Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas por las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Porque tener miedo, es tan humano como superarlo.

Capítulo 1

Connor

Tres, dos, uno.

—¿Tú? —El grito de Kai no se hizo esperar—. ¿Tú? ¿Qué demonios haces aquí?

—Pues... Es mi primer día. —Apreté la mandíbula, habría sido un error dejar que se me escapara la sonrisa.

—¿Lo contrataste? —Giró la cabeza como si fuera el exorcista y miró a su hermano—. ¿Cómo te atreviste?

«Y esa, su Señoría, es la mejor manera de espantar a una mujer».

—Kai, no sé a qué viene esto —contestó Knox Gibson, mi nuevo jefe—. Es un excelente profesional y viene altamente recomendado. No tengo dudas de que será una gran incorporación al equipo.

—¿Despediste a Russell y asociados? —reclamó, alzando la voz.

—Algo así —dijo él y cruzó los brazos contra su pecho—. Ni siquiera trabajas aquí, explícame, por favor, ¿en qué te afecta que tengamos un abogado!

—¡No me importa que necesites uno! —chilló—. ¿Pero tenías que contratarlo a él? —Abría los ojos como platos y seguía moviendo la cabeza—. Dios, ¿acaso se te olvidó lo que hizo?

—No —contestó su hermano, que parecía irritado—. En el caso de Cohen hizo su trabajo, y es por eso por lo que está aquí.

—Tiene que irse. No puede...

—¿Kai? No te debo explicaciones, pero quiero a los mejores en mi equipo, y él es uno de ellos.

—¡No puedo creerlo, te volviste loco! —rechinó los dientes—. Acabas de traicionarme. —Le pegó en el pecho y caminó hacia la salida. Bajo el silencio absoluto, el único sonido era el de sus tacones.

—Asumo que se conocen —me susurró Will Williams, a quien me habían presentado hacía media hora como el *hacker* del equipo de GBS.

—Oh, sí. Nos conocemos hace tiempo, y muy bien.

No fue, sino hasta que le oí una risita, que me di cuenta de que había metido la pata.

Mi nuevo jefe fue riguroso en el chequeo de mis antecedentes y no tenía dudas de que Will había sido clave para averiguar hasta el nombre de mi dentista.

Por la naturaleza de mi trabajo y producto de las decisiones que había tomado para mi vida y sobre mi carrera, estaba acostumbrado a: cuidar mi retaguardia, analizar los escenarios, pensar en los próximos pasos y ensayar mis respuestas. Era una cuestión de rutina, algo natural en mí.

Antes de considerar la oferta de Gibson Brothers Security, GBS, hice lo mismo que cualquier abogado decente haría: investigué.

Conocí a Knox Gibson gracias a un juicio en el que yo fui el demandante. Su trabajo fue impecable, sorpresivo y silencioso. Gracias a él, las evidencias y argumentos de mi contraparte hicieron trizas todo en lo que había basado mi estrategia. Max Russell, el mejor abogado al que había tenido el privilegio de conocer, pateó mi trasero con elegancia y sin pestañear.

Aparentemente, le dejé una buena impresión porque, a pesar de todo pronóstico, fue él quien me recomendó para el puesto.

Tras la sorpresiva llamada de ese viernes, leí y memoricé toda la información que pude obtener sobre: Knox Gibson, su familia y su empresa.

Tenía contactos y conocía gente que, a su vez, conocía gente capaz de conseguir información clasificada. Gracias a mi trayectoria, poco convencional, había logrado una pequeña, pero poderosa red, y en menos de dos horas tuve frente a mí sus fichas completas.

Cuatro hermanos en total: Kylie, la mayor, viuda y madre de un chico de quince años. Knox y Killian, gemelos, y ambos, *exmarines*. Kai, a quien conocí porque trabajó con Max Russell en aquel caso, era menor que ellos por cinco años; trabajaba en Russell y asociados.

A pesar de ser una empresa de seguridad y prestar diferentes servicios, todos los que componían el equipo de GBS habían pertenecido a las élites de fuerzas armadas, era un requisito. Como si eso fuese poco, Killian había continuado su carrera en las fuerzas especiales. Era un grupo completo compuesto por hombres con experiencia en áreas mucho más complejas que solo el combate cuerpo a cuerpo.

Las únicas excepciones eran: Kylie, que llevaba los asuntos administrativos; Pamela, la secretaria, y Will, el experto en tecnología. Kai, que no se encontraba en la nómina, evidentemente, era de quien más información tenía.

Jamás pensé que el día en el que el caso contra Jonah Cohen llegó a mis manos, comenzaría la cuenta regresiva.

Una serie de eventos inesperados tuvieron como consecuencia que: conociera a Kai y a Knox Gibson, que Max Russell me hiciera pedazos en la corte y perdiera el primer y único caso de mi carrera. Sin embargo, y lo más importante, que decidiera que renunciaría a mi rol como socio en *Hamilton & Nielsen*.

Me pareció increíble que Max Russell reparara en mí conociendo mis orígenes. En el mundo de los grandes estudios jurídicos, el hombre era una leyenda por su impecable sentido del honor. Era reconocido por ser extremadamente selectivo en los clientes que recibía en su firma. No le importaba que fueran grandes empresas, personajes destacados, famosos, políticos o, simplemente,

gente con mucho dinero. Todos sabían que, durante la primera reunión, él pediría un consentimiento para pesquisas. Lo que desconocían era el nivel de detalle con que se dedicaría a analizar cada caso antes de cogerlo. Se gastaba una pequeña gran fortuna en investigarlos a todos; era GBS quien los aprobaba.

Siempre supe que en algún momento coincidiría con Kai, pero jamás imaginé que sería en mi primer día.

Capítulo 2

Connor

Mi nuevo jefe terminaba de enseñarme las instalaciones, eran impresionantes. Uno de los beneficios de pertenecer al equipo era vivir en el edificio. Me habían asignado el quinientos uno, que había sido, hasta hacía poco, el apartamento de la hermana mayor de Knox: Kylie.

Había estudiado a cada uno de mis nuevos colegas. Sabía, por ejemplo, que ella y Noah Carter, el segundo de a bordo y mejor amigo de Knox, estaban en una relación y acababan de comprometerse.

—Espero que cumpla con tus expectativas —dijo cuando terminamos el recorrido.

—Las supera, créeme.

—Excelente —asintió con la cabeza—. Kylie te entregará las tarjetas y las claves de acceso. Will, por su parte, te espera para el escaneo de retina y de tus huellas dactilares.

—Bien. —Estaba ansioso por empezar, y el registro completo era el primer paso.

—Puedes practicar en el campo de tiro cuando lo desees —agregó cuando regresábamos al tercer piso.

—Gracias, pero no tengo armas, dejé de portar hace años —me aclaré la garganta—. ¿Es necesario que cargue?

—No, por supuesto que no. No lo necesitas. A excepción de mi hermana, Pamela y Will, todos portamos una —hizo una pausa—, pero preferiría que tuvieras. —No era una orden, tampoco, una invitación.

—Entiendo.

—El apartamento está amueblado, —Cambié el tema cuando entramos a las oficinas en el tercer piso—, si no te gusta...

—¡Oh..., no...! Para nada. —No pude disimular el entusiasmo.

—¿Estás seguro?

—Créeme, me viene muy bien un apartamento completo.

Llevaba un mes viviendo en un hotel. A excepción de lo que cabía en dos maletas, todo lo que poseía estaba en un almacén.

—Si llegas a necesitar un coche, cuenta con él, tenemos varios.

—Gracias.

—Bien, si necesitas algo más, habla con Carter.

La oficina de Will Williams era una de las primeras. La sala de estar, que se encontraba justo en el medio de la planta, era el lugar más concurrido. Por lo que había visto, la mayoría del equipo prefería juntarse ahí; raramente usaban la sala de reuniones.

Desde el centro se podían divisar casi todas las puertas y la suya, era la más cercana. Golpeé y esperé.

—¡Adelante!

—Permiso. —Cuando entré apreté los dientes; la oficina parecía Siberia. Los equipos computacionales requerían bajas temperaturas, pero eso era ridículo. Will; sin embargo, no llevaba más que una camiseta.

—¡Connor Hamilton, bienvenido a mi humilde morada! —saludó con una reverencia.

—Gracias.

—Tengo todo listo para cumplir las órdenes del gran jefe —sonreía—. Ven, acompáñame.

—Claro.

—¿Ya te presentaron a todo el mundo? —Con los dedos pegó en el escritorio como si fuera una batería y se levantó—. Supongo que ya conociste a Grant —respiró profundo—. Te recomiendo que le tengas algo de paciencia. Ya sabes, recibir un balazo y haber estado a punto de morir a palos por culpa de unos narcos no es para cualquiera.

Créeme, en general, es una persona fácil de llevar, pero en las últimas semanas solo ha mostrado un genio de perros. —Lo seguí hacia el ascensor tomando nota mental—. Bueno, no es que Murphy esté muy animado, tampoco, después de lo que pasó cuando cogieron a Grant y encontraron las jaulas... —suspiró y luego, apretó el botón para el segundo subterráneo—. Supongo que no puedes culparlo.

—Me imagino. —No tenía idea de qué estaba hablando.

—Harrison tiene el ego casi recuperado, pero solo casi... —Me miró por el rabillo del ojo—. Sabes disparar, ¿verdad?

—Sí.

—¿Eres bueno?

—Supongo que decente, no practico hace años.

—Vale, vale. Mientras seas «decente», todo estará bien. No habla del tema y se ríe cuando lo molestan, pero sé que todavía está apenado... Dios, yo también lo estaría.

—Lo tengo. —Respiré profundo y comencé a contar con los dedos—. Grant lleva un genio de perros, Murphy no está muy animado y Harrison se recupera de heridas en el ego.

—¡Ah! Y debes tener ojo con Esteban —siguió, el tipo parecía tener agallas en vez de nariz.

—¿Por qué?

—Ten cuidado si dices cosas en voz baja. Es experto en lenguaje, en todo tipo de lenguajes, y es rapidísimo leyendo los labios. —Se encogió de hombros—. Claro que... —Se paró frente a la compuerta y, después de que el panel leyera sus huellas, se agachó para que el rayo infrarrojo le escaneara la retina—. ¿Podrías creer que la gente piensa que es un simple traductor? Ni siquiera se les ocurre que podría ser un lingüista —suspiró—. Dios, también es más que eso.

No contuvo la carcajada y, a esas alturas, yo tampoco. Aparentemente, Will había olvidado, o no tenía idea, de que a los

únicos que había conocido hasta el momento habían sido: Knox, Carter, Kylie, Kai y él.

Las puertas se abrieron en forma automática y se fueron encendiendo poco a poco, y de uno en uno, los diferentes sectores del campo de tiro.

—Sígueme, es por aquí.

Caminamos hacia el final; cruzamos los diez puestos. Tecnología de última generación se desplegaba a lo largo de diez líneas y, cada una de ellas, con sus respectivas marcas y blancos. Al fondo, a la derecha, estaba lo que claramente era el depósito de armas; sin embargo, Will hizo un giro hacia la izquierda.

—Aquí... —dijo con satisfacción—. Esta es una de mis bebés.

Levanté una ceja, miré a mi alrededor y, después de verlo ingresar otro código de seguridad, se abrió la puerta de una sala más pequeña. Sofisticados equipos y todos los implementos necesarios para hacer los registros biométricos. Huella dactilar, escáner de retina, reconocimiento facial, geometría de mano, reconocimiento de voz y de escritura.

—Pues, a Kill ya lo conoces —continuaba hablando a la velocidad del rayo mientras encendía uno de los ordenadores.

—Claro. —La verdad era que, oficialmente, no, pero suponía que iba a enterarme por él de todas maneras.

—Es un buen tipo, pero ese carácter... Dios... A veces...

—¿Sí? —insistí, esperando que terminara la frase.

—Mmm... No... —Movié la cabeza hacia el costado—. En general es un tipo fácil de llevar.

—Vale.

—Mira, a la que todavía no logro descifrar del todo es a Lily —concluyó.

—¿Lily? —Era un nombre nuevo para mí. No estaba en los reportes que tenía; odiaba las sorpresas o no estar preparado.

—A veces parece estar tan loca como Kill. —Con la pantalla central pidiendo una contraseña, después de cuatro clics se encendió el sistema.

—No te preocupes, solo retina y huellas dactilares, es lo que está establecido en el contrato —asentí—. Aunque... Sé que puede parecer abrumador, pero... —Se levantó para preparar el lector.

—¿Qué?

—Pues... —guardó silencio por exactamente cinco segundos—. Estoy convencido de que lo mejor es el registro completo.

—Vale.

—¿En serio?

—Claro, si es lo que crees que es mejor, hagámoslo.

—¡Excelente! —Se frotó las palmas de las manos, parecía un niño abriendo regalos en su cumpleaños—. Ven, coloca tu barbilla, aquí.

Afortunadamente, el proceso no nos llevó más de quince minutos. Nos saltamos el reconocimiento de escritura y la geometría de mano.

—Como te decía, Lily es... —Miró al cielo mientras esperábamos el ascensor de regreso, y se llevó las manos a la cintura—. Es..., impredecible.

—Déjame ver si tengo todo... —Volví a contar—. Tener cuidado con Esteban porque podría leerme hasta los pensamientos. Killian tiene buen carácter, pero es irascible y, Lily, es impredecible.

—Eso.

—¿Algo más? —pregunté.

—Oh, y cuidado con Johnny.

—¿Con quién?

—¿Eres alérgico a algo?

—No.

—Dios, ¡qué envidia!

—¿Cómo? —Me consideraba rápido y adaptable, pero Will me había dado tanta información que comenzaba a dudar de mis capacidades.

—Supongo que entonces, no importa —suspiró.

Cuando entramos al tercer piso, Carter y el equipo, en pleno, se encontraban en la sala de estar.

—¡Connor! —me llamó.

—Acabamos de terminar con el registro —aclaró Will.

—Dios —dijo Carter y negó con la cabeza.

—Tú sabes, rutina —le sonrió.

—¿Will? —El acusado cerró la boca, por primera vez en más de una hora y, por fin, hubo silencio.

—¿Hicieron registro de huellas y retina? —preguntó Carter.

—Sí, también reconocimiento facial y de voz —agregué con tranquilidad.

—Por Dios, —reclamó Knox, que aparecía desde el fondo del pasillo—. Recuérdame, por favor, ¿por qué fue que te hice caso? —Miró a mi acompañante con el ceño fruncido.

—¿Por qué confías en mí, gran jefe?

Estaba a punto de levantar la mano para exigir una explicación. Me sentía como si tuviera juntos el gorro de burro con el letrero de tonto en amarillo neón.

—Discúlpame, Connor. Debería habértelo advertido.

—No te preocupes —respondí con mi mejor sonrisa—. No pasa nada. Ahora tienes registro hasta de mis pensamientos.

La carcajada fue grave y general. No tenía claro si se reían de mí, de Will o de la situación. Odiaba no entender los códigos, pero suponía que pasaría en más de una ocasión. GBS era un mundo completamente nuevo para mí y, a pesar de lo que ellos quisieran pensar, era un círculo cerrado, hermético. Ganarme la confianza del equipo no pasaba por mis registros biométricos.

Regresé a mi hotel después de las cinco de la tarde, agotado. Tras poner más atención de la que pensé que sería necesaria, entendí que la cara que puso Knox cuando le dije lo del registro, no tenía nada que ver conmigo, sino con Will.

Aparentemente, le habían prohibido hacer uso del resto de las herramientas de la famosa máquina y, aprovechando que «no había más testigos», se salió con la suya. No se le veía arrepentido cuando dejé la oficina.

Cerré la puerta detrás de mí cuando llegué al hotel, era mi última noche. A pesar de que detestaba hacerlo, guardé todo y con gusto en mis maletas. Esperaba con ansias llegar a mi nuevo apartamento para comenzar mi nueva vida.

No me importó que para ingresar a la compañía tuviese que aprobar tantos exámenes físicos y psicológicos después de la primera entrevista. Entendía la razón de todo. El proceso para entrar a GBS era riguroso y nadie podía saltárselo. Un buen currículum y recomendaciones no eran suficientes; menos para alguien como yo.

Capítulo 3

Kai

Visitar a Kylie para contarle todas las ideas que tenía para su fiesta de matrimonio era lo más interesante que aparecía en mi agenda.

Jamás confesaría que me había pasado el sábado en la noche y, prácticamente, todo el domingo, en *Pinterest*. Para alguien como yo era humillante. Sin embargo, de todas las calamidades posibles, nunca pensé que comenzaría la semana con una traición de mi peor enemigo, recibiendo la bienvenida a la empresa en la que trabajaban, nada más y nada menos, que todos mis hermanos.

De los cuatro que componíamos el clan Gibson, en GBS, había tres: Kylie, la mayor de todos y los gemelos, que me sacaban cinco años. Knox decidió montar su propia compañía de seguridad el día que dejó el FBI, arrastrando con él a Noah Carter, su entonces, mejor amigo. Killian, menor que Knox por ocho minutos, físicamente idéntico, psicológicamente opuesto y, a veces, inestable, se unió al proyecto al poco tiempo. En menos de un año llevaron la empresa a la cima. Claro que, de no ser por las brillantes habilidades administrativas de mi hermana, habrían tenido que gestionar el éxito desde las ruinas. Fue así como Gibson Brothers Security, que parecía, pero era todo menos una empresa familiar, terminó por acaparar prácticamente a toda mi familia. De no ser porque Knox les recordó a mis padres que estaban jubilados, ellos también se habrían apuntado.

Me quedé de una pieza cuando los vi sonriendo mientras estrechaban la mano del infame de Connor Hamilton en señal de bienvenida. Kylie, al igual que los demás, parecía encantada con el nuevo integrante del equipo. Ninguno entendía que estaban cometiendo una alta traición, una que jamás les perdonaría. Enfrenté a mi hermano y exigí explicaciones; ni siquiera se inmutó.

Salí de GBS echando humo por las orejas. Estaba tan enojada que, en vez de coger un taxi o llamar un *Uber*, tuve la brillante idea de caminar. Pensé que el aire fresco me ayudaría, pero terminé, literalmente, metiendo la pata. Me torcí el tobillo cuando se me atascó uno de los tacones en la acera. Estaba segura de que me había hecho un esguince, porque me palpitaba con cada ridículo paso que daba. Tuve que sacarme mis exclusivos, hermosos y orgásmicos *Jimmy Choo*. El maldito tacón se quebró en dos y, para no ir cojeando, me saqué los zapatos; no me importaba lo que pensara la gente en la calle.

Entré con la frente en alto, la espalda derecha y una sonrisa; crucé los dedos para que nadie me viera cojeando y fui directa a mi oficina. Sentía un nudo en el centro del pecho, tenía heridas en los pies y palpitaciones en el tobillo. Eso terminó, sin duda, de arruinar el resto del día antes de las nueve de la mañana.

Mientras me limpiaba los pies y pensaba: de dónde sacaría otro par de zapatos antes de la reunión con mi jefe a las diez, me empezó a doler la cabeza pensando en la clase de complot que Connor Hamilton, de seguro, preparaba en mi contra.

Knox, el tirano, no tenía ni un pelo de tonto; era negligente contratar a esa clase de abogados para su querida y amada empresa. Conocía al revés y al derecho los protocolos de contratación en GBS, el contrato lo había redactado yo. Su incumplimiento aseguraba las penas del infierno y más, mucho más.

De alguna manera probaría la clase de hombre que era Hamilton, era imposible que hubiese pasado todos los filtros sin hacer trampa.

—¿Qué pasó? —me preguntó Ángela, la asistente de mi jefe, cuando me llevó la carpeta con los detalles del caso que sabía que iban a asignarme.

—Ni preguntas. —Alcé los hombros—. A este ritmo adelantaré trabajo para ahogarme hasta el próximo lunes. No sé si sobreviviré esta semana.

—¡Kai! —dijo cuando vio lo que quedaba de mis tacones en el suelo—. Dios, cariño. ¿Qué diablos te pasó?

—¿Quieres la versión larga o la versión corta?

—Mi niña, cualquiera. —Se llevó la mano a la boca cuando vio que, en vez de uno, parecía tener dos tobillos hinchados y morados en mi pie derecho—. Vas a tener que ir al médico, no puedes andar así. A Max le va a dar un ataque si se entera.

—No tenemos que decirle. —Le guiñé un ojo.

—¿De verdad crees que no va a darse cuenta?

—Ángela, por favor, dame algo de crédito. Soy...

—Oh, no. ¡Si no se lo dices tú, lo haré yo! —interrumpió, levantando la voz.

—Demonios, y ¿qué quieres que haga?

—Puedo pedirle a John que te lleve al hospital.

—¿Estás loca? —contuve el chillido que amenazaba por salir de mi garganta.

—No, cariño.

—John es el conductor de Max y no tiene...

—Lo hará si se lo pido —insistió.

—¿Y la reunión?

—Max es perfectamente capaz de atender a un nuevo cliente.

—Es que...

—No se diga más. —Se llevó las manos a la cintura y cogió el intercomunicador.

«¿John? Te necesito en la oficina de Kai.

Silencio.

Debes llevarla a urgencias en el hospital *Saint Jones*, se torció el tobillo, lo tiene muy hinchado.

Silencio.

Sí, no te preocupes por eso, yo le avisaré.

Silencio.

Sí, totalmente.

Silencio.

Creo que es una excelente idea.

Silencio.

Claro, gracias».

Me miró con satisfacción y salió de mi oficina.

—Buenos días —saludó John a los tres minutos empujando una silla de ruedas.

—¿Me estás jodiendo?

—Kai —agregó con su tono amable. Él era, sin duda, uno de los hombres más dulces y atentos que conocía—. No puedes apoyar ese pie y, yo soy muy viejo para cargarte en mis brazos.

—No digas tonterías.

—Niña, si no te subes a ella, me vas a obligar a hacerlo. —Arrugó la frente.

—¿Qué pasó aquí? —preguntó mi jefe, que entró con pasos largos y sin saludar.

Max era un hombre educado, inteligente y encantador, pero la mirada de ira que me regaló me dejó helada.

—Pero ¿cómo, Kai?

—Metí la pata —se me arrancó la carcajada—. ¡Literalmente!

—Dios, ¿cómo se te ocurre venir así? —Se llevó una mano a la cintura y con la otra se agarró el pelo—. Debiste llamar, habría ido a recogerte.

—Ay, Max... ¿Cómo se te ocurre? —reclamé—. Además, está todo bien.

—¿John? —dijo con un tono severo que no dejaba espacio para discusiones—. Llamaré al doctor Craig, la estarán esperando.

—Por supuesto.

—Y, tú... —arrugó la frente y me apuntó con el dedo—. Te irás directa a casa después del hospital, no quiero verte en este edificio

hasta saber cuál es el diagnóstico. Estoy casi seguro de que es un esguince y de que tendrás que usar una bota ortopédica.

—Pero...

—Y si no me dices con detalles cuáles fueron las indicaciones del doctor Craig, lo llamaré personalmente. ¿Está claro?

—Pero Max... —reclamé.

—¿Kai? —Se cruzó de brazos.

—Está bien. —Arrugué la nariz, no pude evitarlo—. Pero ¿qué va a pasar con la reunión que teníamos a las diez?

—No te preocupes por eso, me haré cargo —contestó con su clásico encanto.

—Aquí tienes, mi niña —dijo Ángela, que traía un par de pantuflas.

—Dios —negué con la cabeza.

—¿Kai? —advirtió Max.

—Está bien, está bien.

Como si no pesara más de diez kilos, mi jefe me cogió en sus brazos y me depositó directamente en la silla. Estaba a punto de darme un tiro.

Tal y como había dicho mi jefe, el doctor, Andrew Craig, el mejor traumatólogo de toda la ciudad, me esperaba a la entrada de la sala de urgencias con su inmensa y bella sonrisa. Era guapo, cautivador y fascinante.

—Buenos días, Kai.

—Hola, doctor —le sonreí. Se puso un par de guantes quirúrgicos, se acercó a la camilla y se me encendieron las mejillas. Dios, era un misterio que, a su edad, siguiera soltero.

—Vamos a ver qué tenemos aquí. —Cogió mi tobillo y tocó el borde del talón—. ¿Duele?

—No. —Me mordí la lengua, no derramaría ni una lágrima.

—¿Y si hago esto? —Giró el tobillo hacia la derecha y luego hacia la izquierda.

—No.

—Vale.

—¡Ouch!—chillé cuando comenzó a rotarlo, parecía como si quisiera atornillar algo con la maldita cosa.

—Ya veo. —Sonrió—. Pediré que te lleven a la sala de rayos. Me gustaría confirmar que no hay fractura, ¿está bien?

—Ajá.

—¡Excelente! —Me deslumbró con sus ojos brillantes—. Te veo en un rato.

Se sacó los guantes, se lavó las manos y salió de la habitación. Me acosté en la camilla derrotada, pero como no pensaba ahogarme sintiendo lástima por mí misma, cogí el móvil y me apoyé en el respaldo. San *Google* siempre me ayudaba. Si me hubiese quedado en la oficina, probablemente habría buscado tratamientos caseros para el dolor de tobillo. Pero mi jefe se había encargado de resolver eso en contra de mi voluntad, así que no tenía nada que investigar. Sin embargo, un mundo infinito de posibilidades se presentó cuando recordé la razón por la que estaba ahí y escribí el nombre de mi peor enemigo en la barra de búsqueda. Había varios titulares y todos alarmantes.

«Hamilton & Nielsen busca nuevos socios».

«El prestigioso estudio jurídico Hamilton & Nielsen, se encuentra en peligro de salir del ranking de las tres mejores firmas del país».

«Clientes denuncian prácticas fraudulentas en Hamilton & Nielsen».

«El conglomerado de telecomunicaciones ICTI anuncia querrela contra Hamilton & Nielsen».

Después de leer con rapidez los diez primeros, pinché un *link* que me pareció inquietante.

—¿Señorita Gibson? —dijo el segundo hombre al que veía en el día con una silla de ruedas.

—¿Sí?

—La llevaré a la sala de rayos.

Pregunté si podía llevar el teléfono conmigo y, amablemente, negó con la cabeza.

Era una simple radiografía, pero pareció durar una eternidad. Había tantos artículos con información sobre él, que la interrupción no hizo más que irritarme.

Me abalancé sobre el móvil, apenas estuve de regreso y maldije mi suerte cuando me di cuenta de que me había quedado sin batería.

—¿Kai? —Oí a Carter, que entraba a la habitación.

—¿Qué haces aquí?

—¿Tú qué crees?

—¿Cómo supiste dónde estaba? —pregunté; él levantó una ceja—. Dios, Max es un maldito chismoso.

—No digas eso, pequeña.

—¿Discúlpame? —reclamé.

—Dios, Kai. —Se pasó la mano por la frente—. Llamó a tu hermano; estaba seguro de que tú no ibas a hacerlo y veo que no estaba equivocado.

—No tenía derecho. —Apreté el móvil con las dos manos.

—¿En serio? —respiró profundamente—. ¿Ibas a llamarlo, o a tu hermana, a Killian, a tus padres, o a mí?

—¿Con qué? ¡No tengo batería, míralo tú mismo! —Me reconcilié con mi suerte, parcialmente. Le mostré el teléfono. Él no tenía cómo saber que nunca estuvo en mis planes contactar a alguien.

—¿Qué dijo el médico?

—No dijo, pero me hicieron una radiografía para descartar una fractura. Estoy esperando a que venga a darme las buenas noticias. —Me crucé de brazos—. ¿Y por qué te mandaron a ti?

—Nadie me mandó, me ofrecí.

—Oh, buenos días, Carter —saludó el doctor Craig, que entraba en la habitación con una tablet en la mano.

—Hola, ¿cómo estás? —contestó mi futuro cuñado y estrechó su mano.

El alcance de GBS, a veces, era abrumador. Pero a diferencia de otras veces, la cercanía con el doctor era el resultado de la cantidad de veces que alguien del equipo terminaba en la sala de urgencias.

—Pues, yo bien. Pero esta señorita tiene un esguince grado dos. Tendrá que usar una bota ortopédica por seis semanas.

—¿Seis? —chillé.

—Seis —afirmó—. Eso si no te la sacas. Supongo que no tengo que explicarte que un esguince no tratado, es una lesión crónica de por vida, ¿verdad?

—No. —Apreté la mandíbula—. Por supuesto que no.

Noah Carter, mejor conocido como Carter, quien debería haber sido mi salvador, se encontraba apoyado en la pared y con los brazos cruzados contra su pecho; negaba con la cabeza.

Capítulo 4

Connor

Pagué la cuenta del hotel después de guardar las maletas en mi coche y conduje relajado por primera vez en dos años.

Del almacén cogí mi ropa y algunos libros. Había demasiadas cosas y, después de mirar de un lado a otro, hice una nota mental para averiguar dónde podía donarlo todo. Cualquiera le daría un mejor uso que yo.

Era el momento de comenzar de nuevo, lo había hecho antes, podría hacerlo otra vez. GBS me ofrecía lo mejor de dos mundos. Era mi oportunidad para hacer la diferencia y, por fin, de darle valor a mi trabajo. Por otro lado, pertenecer a un equipo me llenaba de energía, no pensaba defraudarlos.

Sentí algo indescriptible cuando crucé el umbral de mi nuevo apartamento. Kylie había mencionado que estaba completamente equipado, pero no me imaginé que eso incluiría la despensa y el frigorífico. Después de revisar lo que había en los cajones y guardar mi ropa en el vestidor, me serví un vaso de whisky; lo único que había llevado.

Me apoyé en el barandal de la terraza. No había mucho que ver porque estaba en el quinto piso, pero el aire fresco era más que suficiente. Levanté la cabeza cuando vibró el móvil con un nuevo mensaje, lo había dejado en el mueble de la entrada.

Knox: Acaba de aparecer una noticia sobre tu abuelo.

Link: «Richmond Hamilton, fundador de Hamilton & Nielsen, se encuentra hospitalizado y en estado crítico».

Los latidos me llegaron a la garganta. Respiré profundo cuando puse el dedo en la pantalla y cerré los ojos antes de leer.

«Fuentes cercanas anunciaron que, Richmond Hamilton, de ochenta y cuatro años, ha colapsado después de la caída sostenida de su imperio en los últimos tres meses. La parada cardíaca que le alejó de la firma y catapultó a su hijo, Laurence, a asumir la Presidencia, se encuentra con riesgo de muerte. El equipo médico del hospital Central ha informado que se encuentra en peligro de sufrir un fallo multisistémico, producto del paro cardiorrespiratorio que sufrió el domingo recién pasadas las once de la mañana».

Knox: Estamos verificando.

Yo: ¿Quién es la fuente?

Knox: El jefe de cardiología.

Yo: ¿Estás seguro?

Knox: Sala de estar, cinco minutos. Que yo hubiese decidido cambiar mi rumbo no modificaba el hecho de que el mundo seguiría girando; no podía manejar su dirección.

Me sorprendí al verlos a todos, eran más de las once de la noche. Knox estaba apoyado en la pared con los brazos cruzados contra su pecho y Killian, su hermano, parecía imitarlo desde el lado opuesto. Dudaba que lo hicieran a propósito, pero eran verdaderos espejos y, a nadie parecía importarle. Se podía percibir en el aire lo diferentes que eran, pero a simple vista, solo la cicatriz en la ceja de Killian los diferenciaba.

Carter estaba sentado en el sofá con un tobillo sobre la rodilla; parecía relajado. Harrison, limpiaba una *Beretta* como si fuera de porcelana. Grant estiraba una cuerda de yute y Esteban parecía entretenido jugando sudoku en el móvil. Murphy, por su parte, ojeaba un ejemplar de *National Geographic*.

Will, a diferencia de los demás, que parecían tranquilos y compuestos, estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, el

portátil sobre las rodillas y se mordía el dedo anular de la mano izquierda.

—Las fuentes de las que hablan son falsas —comenzó Knox—. Tu abuelo ha desaparecido del ojo público, no está hospitalizado.

—Dime una cosa... —Una mujer alta, de cabello oscuro y ojos tan azules que parecían de color cobalto, venía hacia nosotros desde la cocina—. ¿Qué asuntos tiene *Hamilton & Nielsen* con el directorio del hospital Central?

—Oh, Connor —interrumpió Knox—. Te presento a Lily, mi esposa.

—¡Dios! Lo siento, lo siento. —Me guiñó un ojo, despreocupada—. No nos habíamos cruzado, pero como he oído hablar tanto de ti en los últimos días...

—Mucho gusto —saludé y estreché su mano.

—El comunicado de prensa fue emitido por el área de relaciones públicas del hospital —dijo Will— y, efectivamente, está firmado por el jefe de cardiología.

—¿Dónde está mi abuelo?

—Sano y salvo. La semana pasada cogió el jet de *Hamilton & Nielsen*; se encuentra «descansando» en la Costa Amalfitana —agregó Carter—. Esta mañana aparecieron tres reportajes que impactan directamente la imagen de la compañía y presumimos que tiene directa relación con la caída de las acciones.

—Estuviste *offline*, ¿cierto, amigo? —me preguntó Will.

—Pues..., fui al almacén y después...

—Oh..., no te preocupes —aseguró y movió la cabeza—, te tenemos.

—Se filtraron ciertas denuncias en la prensa. ICTI anunció ayer que levantará una querrela —continuó Carter.

—Comenzará la caza de brujas —dijo Knox, que acababa de sentarse en el único sofá de dos cuerpos; Lily se sentó en su regazo.

—Depende de cómo lo manejemos —intervino Grant—. Si están desesperados tratando de limpiar su imagen, lo que es evidente, van a disparar con todo lo que tengan. Pero hasta el momento, no hay acusaciones en tu contra; nada que puedan imputarte.

—Durará poco, te garantizo que ya tienen a alguien tratando de inventarlas —dije después de haberlos oído en cascada, sorprendido del nivel de profundidad con el que manejaban la información.

Me lo esperaba de Knox, Carter y, tal vez, de Killian. A Will podía incluirlo en el grupo, ya que era su trabajo, pero de los demás, no. Apenas los había conocido; cada uno trabajaba en lo suyo.

—Mis *bots* están revoloteando —agregó Will—. Nos enteraremos de lo que sea antes de que reviente cualquier escándalo.

—El punto es —insistió Grant y dejó la cuerda sobre la mesa—, ¿cómo quieres manejarlo?

—Lo de mi abuelo es un fiasco, solo quieren desviar la atención. No vale la pena hacer revelaciones para la prensa, pero saber qué está tramando es otra cosa. —Me apreté los ojos con los dedos—. Que el nombre de mi abuelo esté en el aire es porque están encubriendo algo grande.

—No lo dudo. ¿Qué propones?

—Mmm..., demonios... —balbuceó Will y, después, se aclaró la garganta—. Por la mañana aparecerá en el diario un artículo sobre tu salida de la firma.

—¿Mañana? Eso no tiene sentido. —Me enrollé los dedos en el pelo—. Me fui hace más de un mes y todos lo saben. —Respiré profundo y contuve el aire.

—No te preocupes, amigo. —Sonrió—. Voy a bajarlo.

—¿Cómo?

—¡Elemental, mi querido, Watson! —exclamó Will y Carter puso los ojos en blanco.

—Piensa en la querrela —aclaró Grant.

—Están buscando socios, inversionistas, nuevos clientes, lo que sea —conté con los dedos—. Y..., necesitan un chivo expiatorio. —Crucé las manos detrás de mi cuello.

—Ajá —concluyó mi jefe—. Hablé con Russell hace un rato y nos reuniremos mañana temprano. En algunos círculos es mejor que nosotros investigando. —Levantó una ceja—. De seguro, en las altas esferas, deben estar dándose un festín con tanto chisme.

—No tengo dudas, cariño —susurró Lily.

—Hace tiempo que no visito Italia —interrumpió Esteban y guardó el móvil en el bolsillo de su pantalón con una sonrisa.

—Eso, necesitamos eso, y una visita de reconocimiento a *Hamilton & Nielsen*. ¿Y si les llevamos un nuevo cliente? —agregó Grant—. ¿Qué dices, Murphy?

—¿Les parece una farmacéutica? —Will se frotaba las manos.

—¿Una que haya recibido quejas por algún medicamento con graves efectos secundarios? —Lily se mordía el labio.

—Inversiones extranjeras se verían mejor, tienen un portafolio más amplio. —Harrison, que acababa de poner el cargador de la *Beretta* en el mango, levantó la cabeza y deslumbró a todo el mundo con sus blancos dientes—. ¡Adoro las playas!

—¿No quedaste conforme con tus vacaciones en Barbados? —dijo Knox con el ceño fruncido.

—¡Ey! Eso fue cualquier cosa menos vacaciones. —Harrison se aclaró la garganta—. Además, Esteban es mejor con los acentos y disfraces. Lo mío no son los idiomas, lo sabes.

Levantaban una operación compleja y costosa frente a mis ojos, una que tenía como objetivo protegerme, nada más.

—Ya sabemos que lo que quieren es desviar la atención de la querella...

—¿Es frecuente que manipulen a la prensa e incluyan comunicados «oficiales» falsos? —preguntó Lily.

—Entonces —Will movía la rodilla, frenético—. ¿Una farmacéutica?

—Sí —decidió Knox—. Medicamentos de alto costo con grandes inversiones en investigación y que tengan una copia barata de algo parecido a...

—¿Te parece bien el *Viagra*? —agregó Killian con una carcajada.

—No sé cuál es tu caso, hermano. Yo...

—No seas ridículo —defendió Lily con una sonrisa socarrona.

—Will —amenazó Carter—. Ni se te ocurra. Necesitamos algo que sea fácil de reconocer y de consumo masivo.

—Sus deseos son mis órdenes —contestó e hizo sonar los dedos—. Harrison, mañana a las diez en el aeropuerto. Acabo de comprar el billete, tu vuelo sale a la una —informó a los dos minutos.

—¿Cuánto demorarás? —preguntó Knox.

—Es papel —sonreía como un lunático—. *Hamilton & Nielsen* no es riguroso en revisar el historial de sus potenciales clientes y están desesperados. —Will me miró de arriba abajo y sonrió—. Déjame pensar: un par de cuentas bancarias infladas, una página web, una base de datos de clientes insatisfechos..., cuarenta y ocho horas.

—¿Vas a...?

—Negación plausible¹—dijo Carter—. Siempre existe la posibilidad de alegar negación plausible.

—Oh...

—Apenas terminen las conversaciones con tu padre, la empresa desaparece. Créeme, los de hacienda jamás se enterarán de que hubo una farmacéutica que factura miles de millones y que estuvo operativa por solo cinco días —explicó Will.

—¿Cinco días? —preguntó Lily.

¹ Es un resquicio legal, que permite negar el conocimiento o la responsabilidad de cualquier acción condenable cometida por miembros de su jerarquía organizacional, a nivel judicial.

—Es lo máximo que puedo contenerla sin dejar huellas; suficiente como para que «investiguen» y asuman que es real.

—Entendido. Murphy, Esteban y yo, prepararemos la historia de fondo, mientras Will inventa la empresa —dijo Grant y los tres se levantaron del sofá—. Necesitamos los números para llegar a la puerta, después de eso... —sonrió y levantó las cejas.

—Connor, me acompañarás a la reunión con Russell, es a las nueve.

—Vale. —Mil pensamientos pasaron por mi cabeza en segundos.

—Y..., no te preocupes por mi hermana, tiene prohibido pisar la oficina.

—¿Prohibido? —pregunté con las manos empuñadas.

—Se hizo un esguince en el tobillo, si Max llega a verla por ahí, va a meterse en problemas.

En menos de quince minutos el equipo de GBS había montado una operación que llevaría a Harrison a vigilar a mi abuelo en su casa de la Costa Amalfitana. Murphy, Esteban y Grant, se presentarían con mi padre como una empresa farmacéutica que necesitaba liberarse del riesgo de demandas colectivas. Eran rápidos e impresionantes.

—¿Tienen hambre? —dijo Kylie, que entraba a la sala de estar con las manos llenas de bolsas—. Traje sándwiches, se van a poner gordos si siguen comiendo pizza.

—¡Ey! —reclamó Killian, que se acercó a darle un beso en la frente y fue el primero en sacar su cena.

